

nada de doscientas, de las gruesas de Israel, para sacrificio y para holocausto, y para ofrendas pacíficas, para expiación, dice el Señor Jehova. Todo el pueblo de la tierra será (obligado) á esta ofrenda para el príncipe de Israel.» Capítulo 45, 13-16.

El príncipe cuida de sostener el culto y suministra al altar del nuevo templo los sacrificios como hacían antes los reyes, sólo que no lo hace de su propio peculio, sino que ha de sufragarlos el pueblo, que entrega sus cuotas al príncipe á falta de una contribución destinada directamente al templo.

Como el profeta lo juzga todo desde el punto de vista del culto, al hablar del culto habla también de los deberes y derechos del príncipe. Los reyes antiguos y sus empleados habían oprimido al pueblo con sus injusticias y con pesas y medidas arbitrarias, y quizás para cobrar los impuestos habían usado pesas y medidas de ley, mientras que para pagar se habían servido de medidas y pesas falsas; por esto dijo Ezequiel, 45, 9 y siguientes: «Así ha dicho el Señor Jehova: Básteos (ya), oh príncipes de Israel: dejad la violencia y la rapiña; haced justicia; quitad vuestras imposiciones de sobre mi pueblo, dice el Señor Jehova. Peso de justicia, y efa de justicia, y bato de justicia tendréis. El efa y el bato serán de una misma medida: que el bato tenga la décima parte del homer, y la décima parte del homer el efa; la medida de ellos será según el homer. Y el siclo (será) de veinte geras; cinco siclos serán cinco siclos, y diez serán diez, y cincuenta siclos formarán una mina.» Aquí tenemos un caso de lo que indicamos hace poco, á saber: que los deberes morales forman solo una pequeña parte de las leyes impuestas al pueblo de Israel. En los escritos posteriores que tratan de fijar reglas, leyes y observancias, desaparecen todavía mucho más los mandamientos morales bajo la balumba de las disposiciones relativas al culto.

La reflexión inteligente que sin duda presidió al desenvolvimiento de este plan de reorganización del pueblo de Israel en el tiempo mesiánico, y que viene á ser la base de la legislación y de las esperanzas posteriores de la nueva Jerusalén, se muestra también, y con mayor evidencia, en la previsión de una embestida general de los paganos contra la Tierra Santa y la nueva Jerusalén, cuando el reino mesiánico haya existido, algún tiempo después del regreso del pueblo de Israel al país de sus antepasados. Solo que en este punto cuenta Ezequiel, no ya solamente con la religiosidad del pueblo, sino también con el influjo de Jehova, que revelará su poder y la santidad de su nombre. La destrucción del reino y del templo de Israel habían desacreditado el nombre de Jehova entre los paganos, bien que para los hijos de Israel sería ya suficiente prueba del poder de Jehova haber reinstalado á su pueblo en su patria y haberle concedido las venturas mesiánicas; pero podía alegarse que para todo esto tenía Jehova poder y no para proteger á su pueblo contra los dioses de los babilonios y para haber rechazado el ataque de estos en el año 586. Así, solamente cuando Jehova hubiese humillado á los babilonios, sería evidente que la catástrofe del año 586 había sido el castigo infligido á Israel por sus iniquidades y que los babilonios no habían sido sino el instrumento de Jehova. Esto pareció á Ezequiel indispensable para no dejar lugar á la menor duda tocante al poder sin rival de Jehova, y por lo mismo estaba persuadidísimo de que los pueblos paganos desde el extremo Norte al extremo Sur darían un ataque general contra la ciudad santa y entonces Jehova aniquilaría fácilmente á estos enemigos de Israel.

En los últimos tiempos, es decir, en el tiempo postrero mesiánico, Jehova hará emprender á Gog (1), del país de

(1) E. Meyer: *Historia de la Antigüedad*, tomo I, pág. 558, explica

Magog, y á los príncipes de Moloch y Thubal, una guerra contra la Tierra Santa, y les seguirán los pueblos del Norte, Gomer y Togarma, los persas (2), los de Kusch (los nubios), los put (3), que habitan al Mediodía, y otros pueblos (4). «Aquel día subirán palabras á tu corazón, y concebirás mal pensamiento. Y dirás: Subiré contra un país de aldeas; iré á (gentes) tranquilas y que habitan confiadamente; que no tienen muros, ni cerrojos, ni puertas; iré allí para arrebatar despojos y para tomar presa; para poner la mano sobre las (tierras) desiertas, (ya) pobladas, y sobre el pueblo que ha sido congregado, después de estar disperso entre las gentes, que empieza á tener posesiones, (y) que mora en el ombligo de la tierra.» Cap. 38, 10-12. Acompañan á Gog los mercaderes de todos los países del mundo desde Tarteso (Tarifa), en España, hasta el Mediodía de Arabia, para comprar el botín que Gog ha de hacer; todo sucede, sin embargo, para que Jehova demuestre á la vista de los paganos que es el Dios santo. Cap. 38, 16. Tan pronto como Gog pisa el territorio de Israel, sube el furor á las narices de Jehova; se siente un terremoto que derriba montañas y murallas y hace temblar á todos los vivientes; Jehova hace que los enemigos dirijan sus armas los unos contra los otros y los aniquila con pestes, y sangre, con lluvias y granizos, con fuego y azufre. «Y haré notorio mi santo nombre; me manifestaré á la vista de muchos pueblos, y sabrán que yo soy Jehova.» Siete meses necesitará Israel para dar sepultura á los muertos en la comarca oriental del Jordán, y para purificar el país, y después todavía habrán de emplearse enterradores para recorrer todo el territorio en busca de los muertos que hubiesen quedado (5). Durante siete años no tendrá Israel que cortar árboles para leña, porque le bastarán para alimentar sus fuegos los mangos de madera de las armas de sus enemigos muertos. «Y pondré mi gloria en Gog (el texto dice: entre las gentes) (6), y todas las gentes verán el juicio que habré hecho, y mi mano, que sobre ellos puse. Y de aquel día en adelante sabrá la casa de Israel que yo soy Jehova, su Dios. Y sabrán las gentes que la casa de Israel fué llevada cautiva por su pecado; por cuanto sus hijos se rebelaron contra mí, y yo escondí de ellos mi rostro, y entreguéles en manos de sus enemigos, y cayeron todos á cuchillo. Conforme á su inmundicia y conforme á sus rebeliones hice con ellos; y de ellos escondí mi rostro.» (Cap. 39, 21-24.) Esto no sucederá ya más, porque Dios ha derramado su espíritu sobre la casa de Israel (29).

Este cuadro de un suceso lejano del porvenir es evidentemente producto de las meditaciones de Ezequiel sobre Jehova y sobre los sucesos del año 586, mientras el cuadro de Gog es sacado de la gran invasión escita, que ocurrió acaso en tiempo del mismo Ezequiel, antes del cual habían pro-

de una manera muy plausible el personaje enigmático llamado Gog, suponiendo que fué como un eco vago de Gíges de Lidia que podía haber llegado hasta el profeta. Para los escritores posteriores fueron Gog y Magog nombres simbólicos de multitud de pueblos del Norte. En el capítulo 39, 6, de Ezequiel, es Magog un error de escritura, debiendo decir Gog.

(2) Es el pasaje más antiguo que menciona á los persas en el Antiguo Testamento.

(3) E. Meyer dice en su historia del Egipto Antiguo, que en Egipto se daba á las tropas auxiliares egipcias el nombre de *put*, lo que los israelitas tomaron por el nombre de un pueblo.

(4) En este pasaje Ezequiel da á conocer su horizonte geográfico, que llegaba al Norte hasta el Asia Menor y al Sur hasta la Nubia, en el Oeste hasta la Arabia meridional; es la extensión del comercio fenicio, y lo mismo resulta del cap. 27.

(5) Aquí se ve el afán escrupuloso de Ezequiel de evitar al nuevo Israel toda impureza.

(6) Enmienda de Cornill.

tizado de una manera análoga Jeremías y Sofonías, á los cuales alude Ezequiel claramente en el cap. 38, 17.

A fuerza de meditar llega Ezequiel mucho más allá que los profetas anteriores, que no pasaron de ver el nuevo reino agradable á Dios, cuando Ezequiel vaticinó el juicio que sufrirían los paganos después de constituido el reino mesiánico, el juicio universal, del cual tendremos todavía que hablar muchas veces.

CAPITULO VI

LOS ESCRITOS LEGISLATIVOS DEL TIEMPO DEL DESTIERRO Y LA LEY DE SANTIDAD

En los arreglos deuteronomistas de las antiguas tradiciones históricas vimos desarrollarse las ideas de los profetas, las cuales adquirieron por Ezequiel su mayor intensidad tratando del pasado de Israel. El plan de Ezequiel respecto del porvenir conmovió también los ánimos é influyó en los trabajos literarios, dándole una dirección determinada. Los mismos motivos que tuvo Ezequiel para dar instrucciones precisas y minuciosas relativas á su plan hasta en sus pormenores de ceremonias del culto, tuvieron otros para fijar hasta por escrito las usanzas antiguas en los sacrificios; y es de presumir que, tratándose de antiguas ceremonias, trataran estos escritores principalmente de las del templo de Jerusalén. El motivo de esta codificación no parece haber sido el haber caído en desuso la práctica de los sacrificios, si bien podrá haber contribuido á ella, sino el grandísimo celo por cuanto pudiese contribuir á conservar la pureza y santidad del nombre de Jehova. El gran pecado del Israel antiguo, tan duramente castigado, había consistido en el culto de otros dioses extranjeros y en el tributado á Jehova á la usanza de los paganos. Según el Deuteronomio se había practicado en Jerusalén un culto agradable á Jehova desde el tiempo de Salomón, y lo que los modernos autores se propusieron fué fijar bien los usos y prescripciones practicados en este culto para poder tomar parte en él. La idea constante de haber excitado la ira de Dios había aumentado los escrúpulos de conciencia, y se dió á las cosas más insignificantes una importancia exagerada. De aquí la solicitud exquisita para fijar hasta los menores detalles relativos á los actos del culto. Fueron naturalmente sacerdotes los que anotaron y fijaron estas minuciosidades, porque ellos mejor que nadie conocían los usos, y los laicos que habían sacrificado en otro tiempo podían acordarse á lo más de los derechos que entonces les correspondían, pero ni de esto se acordaban probablemente tan bien y con tanta exactitud como los sacerdotes.

En las discusiones modernas sobre el origen de la ley judaica, muchos han sostenido y sostienen que en Israel se poseyeron ya en épocas remotísimas ordenanzas escritas sobre las prácticas empleadas en los diferentes actos y ceremonias del culto (1). Por razones generales esta opinión es enteramente inverosímil. Siempre que se trata de conservar usos en el círculo estrecho de una corporación, como la sacerdotal de Jerusalén, y más si esta corporación se compone solo de una familia privilegiada como la de Sadoc, que practica estos usos sin interrupción, se ha empleado en todos los tiempos y países la tradición verbal y oral, que con la vista y la práctica constante basta completamente para el efecto. Por otra parte, cuando han tenido que conservarse multitud

(1) Algunos se apoyan en las tarifas de sacrificios de los fenicios desde que se han descubierto estas tarifas; pero esto no prueba nada, primero porque los fenicios nada tenían que ver con el culto judaico y luego porque es muy probable que estas tarifas sean más modernas que el imperio babilónico, sin contar otras razones de mayor peso.

de prácticas durante largo tiempo solo por recuerdo oral, se nota siempre repugnancia y temor á fijarlas por escrito, como si se profanasen, y se prefiere conservarlas como siempre por tradición oral. Este respeto, sin embargo, tuvo que ceder ante otros impulsos más poderosos. Si se tiene presente la tenacidad con que posteriormente los judíos se limitaron á la tradición verbal en cuantas cosas á la religión se referían (2), se comprenderá la inverosimilitud de que los judíos hayan tomado apuntes relativos á las prácticas tradicionales del culto antes del destierro. La tradición verbal bastaba á los sacerdotes para guardar los derechos y preceptos de Jehova, porque para esto existía la institución sacerdotal, cuyo oficio se aprendía como los demás oficios (3).

Las cosas cambian, como se comprende, desde el momento que no se practican ni se pueden practicar los antiguos usos, ni enseñarlos de consiguiente á los que los debían aprender. En semejante situación la tradición verbal corre peligro de alterarse gradualmente, de sufrir omisiones de detalle y de desfigurarse otros. Es de suponer, pues, por estas razones que los apuntes escritos de las prácticas del culto usadas en el templo de Jerusalén tuviesen solo este origen. Es del todo inverosímil que hubiesen existido antes del destierro apuntes detallados, de lo cual no existe ni la más leve sombra de prueba atendido que los escritos probadamente anteriores al destierro, como el Libro de la Alianza y el Deuteronomio de Josías, nada en rigor contienen tocante á usos rituales, y si algo hablan de ellos es accidentalmente por exigirlo el eslabonamiento de otras materias.

Quizás habrían podido escribirse en el destierro los usos del culto cuando la primera generación expatriada y práctica en las ceremonias del templo iba á extinguirse ó cuando ya se había extinguido; pero no sucedió así. Los escritos más antiguos del destierro prueban que los expatriados trataron solo de conservar verbalmente las tradiciones, refiriéndose siempre al templo antiguo con una sola plaza en la cual se admitían los laicos, y ningún autor se refiere todavía al templo proyectado por Ezequiel. Este afán de conservar por escrito las prácticas religiosas, fué efecto de la agitación suscitada por Ezequiel en favor de la santidad de Jehova, y se comprende sin trabajo que se produjera mucho antes que la codificación detallada de la ley que regía en el templo y que se escribió muy tarde (en 572). Esta apuntación detallada recibió toda su importancia del hecho de haberse convertido en deber de todo el pueblo la conservación de la santidad de Jehova y la observancia nimia de su ley. Entonces, no los sacerdotes solamente, sino todo el pueblo fiel, todos los is-

(2) Sin exceptuar las argucias microscópicas de la Masora (véase la primera parte).

(3) Los críticos que admiten escritos y apuntes de las leyes del culto antes de la expatriación del pueblo de Israel suelen apoyarse en la expresión de Oseas (8, 11 y siguientes): «Porque multiplicó Efraim altares para pecar, tuvo altares para pecar. Escribible las grandezas de mi ley (y) fueron tenidas por cosas ajenas,» ó como dice la nota del texto del autor: «Aunque les escribiera mis *torotes* (leyes, véase la parte primera) á cientos de millares, los mirarían como escritos extranjeros.» Falta saber si estas leyes fueron simplemente leyes por el estilo de las del decálogo ó si eran apuntes y reglas rituales. Oseas se queja de la inmundicia de Israel, pero aun admitiendo que las leyes escritas de Oseas hubiesen sido rituales, lo habrían sido para el reino del Norte y no para el de Judá, siempre más fiel á la ley. A esto contestan los partidarios de las tradiciones escritas, que era muy natural que la corporación sacerdotal del santuario central tuviese sus leyes y estatutos escritos ya en tiempo antiguo; mas esta suposición solo parece natural á aquellos que se figuran santuario central el templo de Salomón en contradicción directa con toda la literatura anterior al Deuteronomio, porque éste no dice absolutamente nada de ritos y mucho menos de ritos escritos. El destierro dió el motivo por todos los conceptos indicados para conservar por escrito la memoria de las tradiciones antiguas relativas á las prácticas del culto.

raelitas verdaderos, tenían interés en saber los estatutos que habían regido en el templo. Estos fueron los motivos que impulsaron á los judíos á renunciar á su antigua y respetada costumbre de fiar la conservacion de los usos sagrados á la tradicion verbal.

Probablemente no uno, sino muchos y diferentes individuos se sintieron impulsados á escribir los usos del culto; ni se puede juzgar por los apuntes conservados, los que se han perdido, ni tampoco poseemos intactos los que se han conservado, sino que están incluidos como partes del gran código sacerdotal y fundamental escrito en el destierro (1). Estos apuntes han llegado á nosotros despues de haber sufrido un arreglo desde el punto de vista del código sacerdotal, pero solo en cuanto pareció indispensable á los arregladores; y como nada dicen ni del tabernáculo ni de los descendientes de Aaron, es fácil distinguirlos en todos los pasajes en que solo se habla del sacerdote sin mencionar á Aaron ni á sus descendientes, y del laico sacrificando al lado del sacerdote en presencia de Jehova, además de otros indicios que no hay que explicar aquí.

Muchas de estas codificaciones de antiguos usos religiosos, que á veces datan de tiempos remotísimos y recuerdan usos africanos, por lo cual constituyen la parte mas preciosa de la tradicion antigua, formaron parte de una coleccion hecha en el destierro y que comprende tambien trozos que enumeran los deberes morales y civiles que deben cumplirse por amor á la santidad de Israel (2). Esta coleccion suele llamarse hoy la «ley de santidad» (3); pero no se ha conseguido todavía resultado alguno positivo de los estudios relativos á la parte de ella que, incluida en el código sacerdotal, se encontró en otro tiempo en la ley de santidad. Es evidente que el redactor de esta ley de santidad era un sacerdote adepto de Ezequiel, pero por razones que resultan de todo lo dicho hasta aquí, es completamente errónea la suposicion de ser el mismo Ezequiel el redactor.

El contenido del Deuteronomio en su forma presente demuestra que el trabajo literario que sobre él se hizo continuó paralelamente con los trabajos relativos á la ley de santidad. Ya hemos dicho en la primera parte que algunas de las del Deuteronomio no podían ser anteriores al tiempo del cautiverio de Babilonia, y además estas y otras partes sufrieron luego los arreglos hijos de la literatura nomográfica del destierro; pero sobre esto apenas se han principiado las investigaciones críticas.

Esta literatura nacida en el destierro continuó hasta despues del destierro, por lo menos en cuanto al arreglo de los usos y prácticas consignadas en Babilonia á la manera del Deuteronomio; y los postreros trabajos en este sentido fueron las manifestaciones literarias que tuvieron por resultado la conclusion del Pentateuco.

CAPÍTULO VII

EL DEUTERO ISAÍAS Y CIRO

Hacia poco mas de una generacion que los judíos expatriados se hallaban en Babilonia, cuando se manifestaron las primeras señales precursoras de un gran cambio en la posicion relativa de los pueblos é imperios del Asia, cambio que

(1) Véase la primera parte. Entre los usos sagrados anteriores al destierro y admitidos en el código sacerdotal indicaremos solo como muestra los trozos del Levítico, 1-7. 11-15. 17-26; Números, 5. 6. 9. 15. 19, etc.

(2) Lev., 18 y siguientes.

(3) Este nombre le fué dado por Klostermann en el periódico *Lutherische Theologie und Kirche*, 1877, pág. 416.

tuvo para el pueblo judío la consecuencia de facilitarle el regreso á su patria y la reorganizacion modesta de su nacionalidad. Los persas, sometidos hasta entonces á sus afines los medos, y apenas conocidos fuera de su país, se hicieron dueños del imperio medo. Ciro, rey de los persas, en persa Kurusch, y uno de los grandes capitanes mas capaces que ha producido el Asia en la antigüedad, venció con el apoyo y la traicion de Harpagon al rey Astiages de Media; tomó á Ecbatana, la capital; ocupó en 550 el trono de los medos; y en los diez años siguientes ó poco mas, su talento guerrero y la torpeza de sus contrarios le hicieron dueño del Asia Occidental.

Lidia y Babilonia, que en union con la Media habian derribado en otro tiempo el imperio asirio, descuidaron esta vez el momento oportuno de intervenir, probablemente con la intencion de dar tiempo á Ciro de debilitar ó de destruir el imperio medo, que les molestaba, si bien debian de estar muy léjos de sospechar que Ciro fuese el conquistador formidable que luego resultó. Tambien pudo ser que la Lidia, que con su rey Creso se hallaba entonces en el apogeo de su poder, creyera conveniente dejar correr los sucesos, temiendo precipitarse sin necesidad, ya que Babilonia, bajo el mando de los sucesores ineptos de Nabucodonosor (que habia muerto en 561), habia menguado mucho en consideracion é importancia. Evilmerodac, hijo y sucesor de Nabucodonosor, y que segun el testimonio de Beroso fué un monarca arbitrario y sin talento, cayó en el año 559 víctima de una conspiracion á cuya cabeza estaba Neriglisor, el esposo de su hermana. Neriglisor reinó cuatro años, desde 559 hasta 556 ó 555, y dejó á su muerte un hijo de menor edad que fué asesinado á los nueve meses de su reinado. Sucedióle Naboned (llamado por Herodoto «Labinet»), el cual miró impasible cómo los persas se hacian dueños del imperio medo, y esto le costó luego su propio imperio.

Los antiguos aliados de la Media, cuando vieron destruido á Astiages y tomada Ecbatana por Ciro, se decidieron á marchar contra el conquistador. Esta resolucion partió al parecer de la Lidia, cuyo rey Creso se habia convencido del peligro que le amenazaba, porque se puso de acuerdo no solamente con el rey de Babilonia, sino tambien con el de Egipto y con Esparta; mas parece que el rey de Babilonia le auxilió muy débilmente, y que el auxilio de Egipto y de Esparta llegó tarde. La lucha entre Creso y Ciro fué corta; Creso, despues de haber sufrido una derrota en Capadocia, se replegó sobre su capital Sardes, probablemente para emprender desde allí al año siguiente una nueva campaña con mayores fuerzas; pero no contó con el ardor impetuoso de Ciro, el cual le siguió, arrolló su ejército delante de Sardes, y á pesar de su resistencia y de la defensa de la ciudad, tomó ésta por asalto é hizo prisionero al rey en el año 547 ó 546.

Los judíos de Babilonia debieron de experimentar gran zozobra y tener fija su vista en la lucha de estos grandes imperios, sin sospechar la mayor parte de ellos la suerte que les estaba reservada en el resultado final. Al parecer, la mayoría no esperaba el fin que tuvo la lucha decisiva entre Ciro y Babilonia. Se comprende su incertidumbre si dirigimos la vista á la Grecia, donde los pueblos no volvieron sino poco á poco de su sorpresa, pues nadie habia dudado de que la Lidia, con su excelente, numeroso y bien pertrechado ejército, daría pronto cuenta de los persas, bárbaros, criados entre sus manadas de caballos silvestres. Por eso los griegos habian contado con su parte del botín y hasta la pitonisa se habia hecho intérprete de la opinion general. La consternacion de los Estados griegos se mostró bien clara en su conducta atolondrada: los espartanos enviaron una embajada á Ciro; las ciudades del Asia Menor se dejaron vencer aisla-

damente, en lugar de unir sus fuerzas por mar y tierra y hacer frente al conquistador; y á todos estos sucesos asistieron sin moverse los Estados griegos antiguos, facilitando así á los persas la invasion que posteriormente dirigieron contra su propio país. Cada nueva victoria de Ciro aumentó su importancia á los ojos de los griegos.

Pero Jehova, que habia hecho explicar lo pasado por sus profetas, haciéndoles interpretar los sucesos históricos generales, presentó á la sazón á su pueblo un varon nuevo, que imbuido en las profecías que le habian hecho comprender la historia de Israel, anunció al pueblo israelita su porvenir. Este varon vió en Ciro el salvador del pueblo judío, el que estaba destinado á derrumbar el imperio de Babilonia, el que habia de ensalzar el nombre de Jehova ante todos los pueblos y facilitar así el advenimiento del reino mesiánico. Ninguna tradicion ha conservado el nombre de este varon insignificante, que como ningun otro profeta anterior predicó y proclamó la grandeza de Jehova, el Dios sin rival, y la mision universal de Israel. Y sin embargo, este varon, con Ezequiel, fué en la época del destierro el que mas hizo para el desenvolvimiento del pueblo judío y del judaismo, cuya vida religiosa posterior en todos sus puntos esenciales le reconoce por su genio y su alma. Ezequiel fué el genio del culto judaico del porvenir por sus esperanzas mesiánicas y sus estatutos; pero al genio ignoto de que hablamos debió el judaismo su idea de Dios y el carácter universal de sus esperanzas mesiánicas; y lo que es infinitamente mas importante, la piedad y confianza en Dios de este varon sirvieron de fuente salutar á las almas religiosas abatidas, que en los siglos posteriores no encontraban suficiente consuelo en los códigos relativos al culto. Esta religiosidad espiritual que se trasluce frecuentemente en los Salmos, introdujo en el judaismo aquella corriente religiosa que se opuso á la osificacion de la ley y sin la cual jamás habria aparecido el cristianismo. Tan importante es, pues, este varon para la historia del pueblo judío, que ha sido preciso para hablar de él buscarle un nombre convencional; y entre los muchos nombres propuestos parece generalizarse el de Deutero-Isaías, que es el que adoptaremos tambien en esta obra (1).

(1) El nombre de Deutero-Isaías no prejuzga nada, si con él se designa pura y simplemente al autor de la segunda parte principal del Libro de Isaías, sin querer dar á entender que se llamara tambien Isaías, cosa enteramente inverosímil, ni menos significar un pseudo-Isaías, suposicion que denotaría poco conocimiento. Atribuyese hoy generalmente á este Deutero-Isaías los capítulos 40 hasta el 66 del Libro de Isaías, siendo cosa admitida desde fines del siglo pasado por todos los hombres de ciencia que estos capítulos nada tienen que ver con el profeta Isaías, el contemporáneo de Ezequías, pues son en su esencia debidos á un profeta que vivía en los últimos tiempos del destierro. Algunos trozos sin embargo no se ajustan á esta época, probablemente á consecuencia de arreglos posteriores hechos con el objeto de enlazar estos escritos con los de Isaías; y tambien pueden ser intercalaciones de trozos extraños, aunque productos de la misma época ó de épocas anteriores. No hay que pensar en la reproduccion de trozos antiguos por el mismo Deutero-Isaías, que para esto es demasiado original y enérgico en sus descripciones. Todas las tentativas de buscar la patria de este autor fuera de Babilonia han sido infructuosas, y en general falta mucho para que estén dilucidadas muchas cuestiones relativas á estos escritos. Probablemente son de otro autor los cap. 56, 9, y 57, 13. Los cap. 58, 13-59, 21, no se ajustan al contexto. Tambien origina escrúpulos el cap. 62, ni pueden atribuirse al autor los cap. 63-66, por lo menos en la forma que hoy tienen, no obstante sus relaciones innegables con el cap. 40 y siguientes. Cuando menos, es preciso admitir que los cap. 65 y 66 sufrieron un fuerte arreglo, sobre todo hacia el fin. Lo que aumenta además las dificultades es que el texto de toda esta parte del libro ha llegado á nosotros muy mal conservado; y aunque Lagarde y Klostermann han podido restablecer algunos pasajes defectuosos, falta todavía muchísimo que hacer. Todo esto dificulta en extremo la exposicion de la teología del Deutero-Isaías; y la que se expone en lo que sigue tiene por base lo que se da por probado y seguro, dejando á un lado, en cuanto ha sido posible, todo lo que se presenta dudoso.

No es este Deutero-Isaías un profeta por el estilo de los antiguos, y si aquí le designamos con el nombre de profeta es por causa de la brevedad. No le faltó pueblo al cual pudiera haberse dirigido como mensajero de Jehova, porque á pesar de la expatriacion los judíos continuaron considerándose como pueblo, y Deutero-Isaías habla siempre al pueblo, y le habló verbalmente, pues solo en esta suposicion son inteligibles sus discursos conservados por escrito. Pero le faltó la conviccion de los profetas antiguos de haber recibido el espíritu de Dios para hacer ver á Israel sus pecados, y de ser mediador entre Israel y Jehova. No por eso deja de tener Deutero-Isaías una mision especial: la de anunciar á Israel la conclusion de su castigo, y ser mensajero de la paz; pero siempre se conoce claramente que esta mision no la cree tener por encargo directo de Jehova ni por un impulso inconsciente, sino porque á fuerza de reflexionar sobre Jehova é Israel, sobre los escritos de los profetas, sobre toda la literatura sagrada, y sobre los sucesos de su época, ha adquirido una conviccion profunda respecto del porvenir de Israel y de su propia mision. Dejando á un lado la fe y hablando solo de su teología, resulta ser este varon un genio que recibía sus impulsos del exterior, como ya lo demuestra su tendencia al sarcasmo. Solo se presenta de una manera original cuando pinta á Jehova como director cariñoso y fidelísimo del pueblo de Israel y de cada uno de sus individuos, y cuando pasa á fundar en esto la fe y confianza en Jehova, así como su omnipotencia. Para enaltecer los beneficios que Jehova dispensa á su pueblo, usa este autor de expresiones conmovedoras; para pintar la omnipotencia de Jehova nos sorprende con imágenes grandiosas, y para fortalecer la confianza en Dios encuentra palabras que hablan directamente al corazón. Por este mismo carácter, los discursos de este varon no se presentan como los de los profetas anteriores al destierro, que empezaban por excitar á la penitencia y concluían anunciando las promesas para el porvenir. Los discursos de Deutero-Isaías amplifican á menudo largamente lo que ya se ha dicho, pero empiezan con el anuncio de la próxima salvacion fundándola en la esencia de Dios y en la historia de Israel, al mismo tiempo que rechaza con dialéctica superior las objeciones de los contrarios. A todo esto añade una imaginacion vivísima y al parecer una exquisita sensibilidad que quizás explica por qué desarrolla este autor simultáneamente dos ideas contrarias, sin notar su contradiccion y sin sentir ninguna necesidad de explicarla. Todo esto hace que, si bien se comprenden en sus relaciones los sucesos y condiciones de vida del pueblo de su época, no se presentan con tanta claridad, ni tan palpablemente como en los profetas anteriores al destierro. Las explicaciones de Deutero-Isaías son mas abstractas y mas generales, lo que dificulta por otro lado mucho la separacion de lo que en el texto pertenece á este profeta y lo que no es suyo. Bajo todos estos conceptos, los escritos de este autor forman la transicion de la literatura anterior á la de los profetas posteriores al destierro. El Deutero-Isaías tiene tambien con estos últimos de comun que conoce bien á los autores antiguos y es el primero que da pruebas de conocer aquellos restos de la literatura anterior al destierro que despues formaron la parte principal del Pentateuco posterior.

Los discursos que pueden ser atribuidos con seguridad á Deutero-Isaías corresponden al tiempo que medió entre el ataque de Ciro á Creso, la caída de este último y la guerra de los persas contra las ciudades griegas del Asia Menor. El profeta, poseído de confianza y de alegría, anuncia con la elocuencia convincente de la fe y en formas variadas, pero animadas del mismo espíritu, que ha sonado la hora de la liberacion, que Dios vuelve á amparar á su pueblo y que lo